

MEMORIA DE ANTAÑO: LA FRAGUA CAMPESINA

Jesús Navarro Egea

El tema que nos ocupa ha sido tratado recurrentemente en varias disciplinas y artes, lo resalta el lienzo *La fragua de Vulcano* de Velázquez, cuadros de Van Dyck, Roman, Rubens o Le Nain no faltando tampoco la alegoría literaria llegándose a nombrar hasta en *El Quijote* o incluso relatarse en algunas películas ya clásicas como *El exorcista*, en una perspectiva del Irak contemporáneo o *El nombre de la rosa*, en que se rememora la cotidianidad de una abadía del s. XIV.



Perspectiva de una fragua en Moratalla, ubicada en Calasparra y desaparecida el mismo año en que se fotografió. Foto: Jesús Navarro Egea, 2004.

El sudoroso y cetrino herrero estampa sobre el yunque el oficio de la forja, haciendo restallar centelleantes chispas y un tintinear acompasado del metal contra el metal se desparrama entre las esquinas, tornándolo en música de pobres que arrulla las siestas en los lánguidos veranos campesinos; sin embargo eso que a unos sugiere un dulce sonido madrugador a otros viene a parecerles simple rutina de un trajín rudo.

A la manera de las prácticas que todavía perduran en el mundo musulmán y árabe se observan manierismos o repeticiones, así, cuando se recogía la oliva y se llenaban colmando los celemines e

insistiendo en sobrecargarlos buscando dar la sensación o apariencia de que cabe más fruto para favorecer al cliente, aunque semejante tarea resultaba obviamente inocua al resbalar la aceituna o cereal del cono amontonado. También los barberos o esquiladores con la maquinilla o tijeras persistían abriéndolas y cerrándolas, mientras se disponen a dar otra pasada.

Con la misma pauta, después de macerar el hierro y apartarlo aún se proseguía martilleando reiteradamente, para, quizá, tomar nuevos bríos y perseverar en la faena.

ALUSIONES DOCUMENTALES.

La artesanía murciana de los metales ya contaba con merecida fama en la antigüedad y se mantiene en la Edad Media según nos cuenta López Guzmán, que describe en dicho período las labores de los maestros herreros de la región, apelados a veces fragüeros.

Por las visitas a la villa moratallera de la Orden de Santiago en 1494 recoge R. Llopis que aquí reside 1 herrero, morando en casa alquilada al concejo de las previstas para los diferentes oficiales. Se citan igualmente en 1480 y 1507 herencias y propiedades de una familia de herreros denominada López, lo que semeja traslucir un cierto reconocimiento hacia el empleo. Pensemos que esta dedicación ancestral históricamente ha sido básica y estratégica, sirviendo en la guerra, fabricación de armas, o constituyendo un elemento primordial en la paz con el suministro de herramientas básicas para el cultivo del campo o cuidado de la ganadería.

A pesar de que se reseñan estos artesanos a efectos de recuento, en comparación queda algo postergada su mención a otras dedicaciones y recursos primarios,

como hornos, molinos, salinas, cultivos o cabezas de ganado.

Es de subrayar que en el s. XVI los judíos son obligados a cristianizar determinados nombres, por lo que no dudan en distinguir el trabajo al otorgarle rango de apellido a lo que un principio pudo ser un mote o apodo, influyendo, claro está, circunstancias afectivas.

Se especifican 6 herreros en las matrículas de 1859 y 1861 reflejadas en los B.O.P.M. que comprenden profesiones, industrias, artes u oficios.

La sesión de 2-5-1864 registra una diligencia de Manuel Rodríguez sobre el solar en que se levanta la fragua, al lado de la Iglesia de San Francisco y en otra de fecha 21-8-1864 en donde se manifiestan quejas porque la asentada entre las calles de Pinos y Morerica de Martín Montejano tiene la chimenea a cinco o seis varas dealzada, lo cual compromete la seguridad de las casas contiguas y las hace desmerecer su valor perjudicando la salud por el humo del carbón que torna negras las fachadas y deteriora ropa y muebles... queja que se repite en la Murcia de 1894, en Calle de Algezares, al proponer la Comisión de policía urbana que se eleve el tiro de una herrería que perjudica por sus emanaciones a un reclamante, José Cremades.

El Censo electoral del Ayuntamiento de Moratalla del año 1902 colige un total de 12 herreros para todo el término municipal y en 1921 son ya 15, si bien compartiendo esa actividad con especialidades, como 2 hojalateros, 2 herradores, 2 cerrajeros o 1 calderero. Es de destacar que en las respectivas declaraciones censales casi todos los profesionales enumerados notifican saber leer y escribir y que no necesariamente sus recintos se ubicaban en zonas marginales sino que a veces llegaban a situarse en calles céntricas o bastante concurridas.

Después de la guerra civil menguan las fraguas del pueblo a 3 ó 4, y otras tantas

subsisten en el resto del municipio radicando y atendiendo en los núcleos habitados más grandes a vecinos dispersos de caseríos y cortijos, en parte debido a la progresiva diversificación y especialización de funciones que antes se desarrollaban sin apenas competitividad.

Avanza la primera semana de marzo de 2004 cuando el último establecimiento de estas características en su concepción consuetudinaria y tal como la reflejamos, emplazado en Carretera de Calasparra y heredero del que antiguamente se hallaba en el lugar del Altico, calle elevada al norte de la población, se desvanece para transformarse en una estancia para otros usos, acabando así otro episodio de estas fórmulas de vida que se borran arrolladas por los aires de la modernidad.

UTILLAJE Y ARTILUGIOS

Con la presente exposición es palmario que no queda agotado el conjunto de enseres del oficio pero básicamente concurrían los que a continuación se detallan:

Cajones. En que como se puede imaginar contenían de todo: alicates, imanes, púas, pomos de metal, plomos de albañil para rectificar, tijeras corrientes y de cortar chapa, algún *tirajo* o trozo de tela vieja perdido y ensuciado por si hace falta atar algo, libretas para apuntar...

Cofines. Traídos de las almazaras, se utilizaban en ciertas fraguas para que sirvieran de esterilla o suelo blando y se sintiese menos helor en los yertos pies transcurriendo los períodos gélidos.

Escobas de rama. Parecidas a las que se conocen en su fabricación con planta de anea, para limpiar cenizas, morrallas... y a la vez asperger agua sobre la lumbre y de esta guisa no tomara demasiado brío.

Estanterías o lejas. Se depositan allí todos aquellos aparejos y materiales estimados convenientes como las placas para soldar o el compás de fragua.

Fuelles. Es uno de los ingenios más

paradigmático y recordado; Compuesto como dispositivo plegable por lo general de dos mangas de cuero, prácticamente circulares y rodeadas de sendos aros. También los había simples o como se conocen más habitualmente contruidos de una pieza con dos asideros, con sus correspondientes placas de madera unidas por un fragmento de cuero flexible movidas por el herrero, que se puede auxiliar con un armatoste de palos a modo de palanca, regulando y encauzando el aire a través de una tobera y con el sonido de un silbido aviva las brasas del *hornal*, alimentado con carbón mineral o si era tiempo de carestía como en la Guerra Civil se alternaba de carbón vegetal proveniente de distintas carboneras del extenso bosque circundante, no aprovechándose casi nunca para estos menesteres la leña.

El carbón mineral acarreado desde Caravaca o Murcia venía a comprarse a un precio recordado de 2 ptas. y a menos el Kg., dependiendo de la época. Lo habitual era encargar tres o cuatro sacos. Por referir algunos precios indicativos en 1869 el precio del carbón mineral oscilaba de 1 a 5 céntimos de escudo, costando 1887 el carbón superior a 7 reales y cuartillo el quintal, en 1889 a 8 reales los 46 kg; Durante 1895 el carbón de fragua almen-drilla de clase 1ª se tasaba en 1'50 ptas. El quintal, y el de Cok a 2 ptas., subiendo en 1904 el inglés a 2'25 ptas, entre los que se encontraba el conocido Newcastle. Sobre ello debemos subrayar que entre los múltiples sitios de venta en el primer decenio del S. XX se publicitan en Murcia capital el almacén de los señores José Martínez e hijos en plaza de Carretas o el depósito de carbón entre casa Peña y la Estación.

También los fuelles africanos de las culturas indígenas del presente en Costa de Marfil tienen grandes semejanzas con los pretéritos nuestros. Aquellos se valen de dos bolsas de piel que alternativamente inflan y presionan en donde el *maestro*

forjador, repárese también en la sinonimia, marca el ritmo del suministro del aire que manipula un ayudante.

Hornal. Lugar en que se enciende el fuego a modo de chimenea de obra. Consiste en una repisa de obra en cuyo hueco inferior se localiza depositado parte del carbón, quedando las ascuas o fogata cerca de la altura de las manos. El humo es recogido por una campana que lo canaliza hacia la chimenea en donde paradójicamente no generaba mucho hollín, siendo infrecuente que se incendiara en contraposición a las del resto de las del pueblo, debido precisamente a que no se levantaba llama y no incinerar combustibles de mala calidad.

Llaves. Desde las inglesas hasta las predecesoras en forma de martillo doble y de acoplamiento progresivo.

Máquina de volante. De hacer agujeros en hierro y metales, maniobrada con manivela e incorporando taladros inferiores y verticales. Una rueda superior y horizontal adornada de diámetros curvos de 90 cm de diámetro giraba por la inercia transmitida aportando fuerza.



Herrero moratallero apodado «Tiznajo» utilizando máquina de volante. Foto: Jesús Navarro Egea, 2004.

Marro o macho. Martillo grande de unos 5 kgs. de peso solamente del metal que necesita para manejarlo de los dos brazos. Si se quería batir el marro sobre el ardiente metal con una sola mano se recortaba el astil y de esa manera se evitaba valerse de martillos más pequeños y tener que repicar con demasiados golpes.

Mozos. También de metal para sujetar los aceros e hierros que se calentaban o trajinaban. Estos artefactos podían graduarse en altura según las distintas exigencias, con patas en forma de cruz para que no se cayera o volcara, componiéndose por los propios operarios.

Otros martillos. De uso con una sola mano. Había de varios tamaños y pesos.

Pala. Su objetivo estribaba en servir para cargar el carbón y echarlo a los res-caldos.

Piedra de agua. Destinada a afilar tijeras, navajas, hachas, etc. Se sumerge la parte inferior del disco en un recipiente pequeño de agua o *alfaje*, con el propósito de enfriar el disco mineral mientras se produce la acción de afilar. Más tarde este utensilio se sustituiría por la piedra de esmeril que en la localidad aludida procedía de las canteras de Cehégín, preparadas en coronas de 80-90 cm. de diámetro en cuyo centro los propios canteros efectuaban un agujero para facilitar su posterior acople al mecanismo general. Con el pié se gobernaba una especie de pedal que hacía menearse el artificio.

Pila de agua. Para templar el hierro que *chillaba* al introducirlo incandescente en el líquido elemento. Por lo general, como pasaba con el *alfaje*, no disponía de salida de agua o desagüe, ya que su canalización suponía un gasto adicional muy importante aunque aisladamente alguno dispusiera de él, como las pilas y recipientes de agua para animales tapándose en ocasiones tanto en España como en Iberoamérica los zuros, a veces rodeados de un trapo para asegurar que el tapón que cierra.

Al no ser un armatoste meridianamente tipificado en el conjunto de la fragua se usaba lo que se podía: una abrevadero de piedra, un tina de hojalata o cualquier otra cosa que sirviera a ese efecto.

Placas para soldar. Envasadas hasta hace 20-30 años al modo industrial con su marca y especificación y que hoy ya no se gasta. Se cortaba un trozo de la misma y se pegaba al hierro. Arrumbadas y polvorizadas en una fragua desahuciada todavía se hallan paquetes de placas de marca "Roig para soldar hierros y aceros a baja temperatura" representando en la estampilla las labores añejas de la fragua sobre el yunque.

Prensas. Se denominaban también *tornillo de mesa*, *tornillo de pié* o *tornillo de banco*. El fin es asegurar y fijar el hierro o metales y formarlos.

Tenazas. O *estenzas* de tamaños dispares, con mango largo, corto, corvas o asimétricas para asir de determinada suerte algunas piezas, etc.

Terraaja. Tratábase de un aparato de hierro de tamaño entre 30-60 cm, quizá mayor o menor, en cuyo centro soportaba unos dados que por medio de un *tornillo prisionero* se apretaban buscando efectuar roscas en machos de hierro, es decir producir tuercas tornillos de diversos radios respondiendo a las demandas de las gentes y cuyo precio variaba alcanzando a los más grandes con un valor entre 5 y 6 pesetas en los mediados del siglo anterior.

Tierra de la jarra. O piedra arenisca pulverizada que ayudaba en el moldeado del hierro o acero.

Torniquetes. Para aprisionar metales.

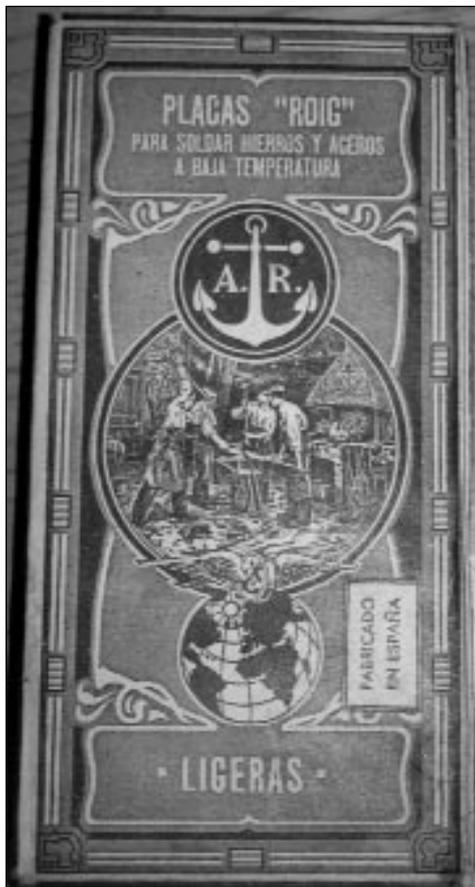
Yunque. Sin duda alguna representa el aparejo más simbólico y ejemplar de la fragua. Enclavado por lo común en un tronco o trozo de madera recio a modo de base y reforzado con un aro o argolla de hierro que lo abraza, pesando los mayores en torno a 90 kgs. Había de dimensiones

dispares dependiendo de necesidades y operaciones. Sobre él era llevado a cabo ritmo y redoble con martillo y metal, hasta por tres operarios simultáneamente, dirigido por el maestro herrero en sabia y monótona partitura.

MATERIAL DE MANUFACTURA O REPARACIÓN

Cualquiera que entrara a formar parte de la vida ordinaria de campos, pueblos y ciudades: aldabas, aldabones, arados, argollas, azadas, azadones, balcones, barandas, braseros, candados, corpulentos candiles de chapa para las almazaras de capacidad para medio litro de aceite, calamones o remaches de roseta, carretillas también con ruedas de hierro, cerrojos, cerraduras y embellecedores de las mismas empleando los bidones de carburo desechados, clavos para las puertas de madera, cruces, escavillos, estufas forjadas filo ayudándose también del *triángulo* en vez de servirse de la piedra de agua, ganchos, goznes, hachas para *encambro-narlas*, herraduras, hoces, muchas precisadas de reparación en particular en la época de cogida del romero y que se rompía casi siempre por la empuñadura; legones, llaves, pasadores de portones, parrillas, picolos de arrancar tocones en el monte y otros usos, prensas aceiteras que frecuentemente se averiaban y había que arreglar, puertas de hierro para patios y panteones, rejas, *serruches* o serruchos, trillos, y todos aquellos que fundamentalmente la tecnología agrícola ponía desde el punto de vista referenciado al servicio de los paisanos.

Reseñamos que a principios de S. XX a parece un *Manual completo del herrero y cerrajero* que ilustra sobre fabricación de bisagras, arcas, carros, campanillas, armas, cuchillería, prensas, molinos, veletas, verjas... anunciándose como tomo de 114 grabados y 16 láminas en donde se hallan modelos para antepe-



Placa para soldar que dejó de comercializarse alrededor de la década de los 70 del siglo anterior. Foto: Jesús Navarro Egea, 2004.

chos, balcones, cresterías o escalera vendiéndose el libro a 7 ptas. En rústica y a 8'50 encuadernado, pudiéndose enviar desde Madrid.

A pesar de lo expuesto en las comarcas más noroccidentales murcianas los trabajos no han destacado por su relevancia artesana, antes bien, ha predominado lo tosco, y las rejerías de buena forja que hoy se fotografían, muchas han sido traídas de otras localidades en donde la técnica estaba más depurada en función de demandas más refinadas.

El estío se erigía en tiempo de máximo ajetreo por las labores características del agro, recolección de cosechas, y muchos campesinos se encontraban *igualados* en la fragua para sus seguras necesidades por una cantidad de trigo que oscilaba de media a una fanega, también patatas u otros productos agropecuarios propios de la estación, al modo inequívocamente medieval, supliendo la ausencia o escasez de moneda con el pago en especie, también en este quehacer.

AJUAR DE HIERRO

Llamaba la atención en especial el conocido otrora como *ajuar de hierro*, encargado al herrero para aquellas féminas más o menos próximas y propensas en el matrimonio. Constaba de los elementos básicos de la cocina y manejo diario: una ramera, cuchara grande, apartador o *apartaor*, una freidora o *freidera* de agujeros, un fornal u hornillo con la forma de un bote grande, gancho para la estufa, parrilla de barrotos en una sola dirección y tres patas, sartenes, una tartera o cacerola, unas trévedes o *estrévedes*, un badil, tenazas, cantareros, aro para la zafa... y todo ello estimado en un valor en torno a las 100 pesetas de los años 50 del pasado siglo.

LABORES COMPLEMENTARIAS Y SUPERSTICIONES

Debemos reseñar también que especificados cometidos no eran incumbencia en exclusiva de los herreros, sino que personajes en paralelo, a veces usurpaban o completaban las artes de aquellos. Los *afiladores*, *afilaores* o *amolaores*, aparecían de vez en cuando por el municipio y se decía que verlos en las calles *traía mala suerte* del mismo modo que se pensaba de los *paragüeros*, por lo que los pobres hombres tenían que añadir a su poco agradecido trabajo el recelo de los lugareños. Confidentes concretos apuntan que la mala fama de agoreros la arrastraban al asomar

con mal aspecto y pensarse que de alguna manera podrían transmitir más miseria aún, ya que en su origen, dicen, provenían de la provincia de Almería, entonces sitio según las aludidas fuentes orales, comparativamente más decaído que Murcia. No obstante en la capital murciana han existido estirpes de afiladores que han transmitido de padres a hijos los secretos de la condición; las herramientas del afilador radicaban en *dos piedras*, una de grano áspero y otra más delgada; *pulidores* para refinar y dar brillo y un *lapidario* similar al de los barberos del que se valían conjuntamente con los artificios de cortar el pelo o esquilar, siendo los objetos habituales bregados y pregonados cuchillos, navajas o tijeras.

Cometidos que además se intercambiaban eran las de los *carpinteros* en acciones específicas como el hecho de encajar el hierro en la madera de las ruedas de los carros, calentándolo primero y acoplándolo después. Por último se refrescaba con agua para soslayar que se quemara.

Colabora igualmente en la realización o arreglo como su nombre indica de determinados aperos el *aperaor*, *aperador* o *maestro aperador*, que en piezas como arados o carros se encargan de elementos precisos como la esteva del primero, entre otras.

ALGUNOS SUCESOS

No siempre, como es de suponer este entorno laboral ha mostrado estampas bucólicas. Su gran repercusión en la vida cotidiana ha abocado a que inexorablemente ocurran hechos luctuosos o tenga el recinto relación con ellos.

Al margen de alguna trifulca pasajera sucesos de más envergadura han tenido lugar en la provincia como por supuesto en otros lugares del territorio nacional. Por ejemplo en la Murcia rural en 1900 un aprendiz fragüero, J. G., resentido contra el maestro herrero que en el día narrado le

había mandado encender el hornal con un carbón encendido, mientras que éste estaba limpiando la fragua el mocetón sacó una pistola y disparó a quemarropa contra su jefe, Otero, causándole la muerte. A la base del hecho parece ser que se encontraban los resentimientos.

Seis años más tarde, en Corvera un operario de una fragua tuvo que declarar, concerniente a un asesinato, al afilarse allí una faca que sirvió de arma para cometer un crimen al día siguiente, que tuvo lugar en otro sitio y también el móvil parece ser los resquemores entre dos viejos amigos.

En 1922 en la localidad de Cehegín se comete un robo en una fragua entrando los ladrones por la ventana y llevándose varios útiles de trabajo.

VIDA COTIDIANA Y CONSIDERACIONES SOCIALES

La fragua quedaba encendida al amanecer empezándose a trabajar desde que había luz. Se paraba para comer al mediodía, reiniciando la actividad pronto y finalizándose cuando anochecía por falta de luminosidad, y ni siquiera se emplazaban por candiles porque el trabajo venía marcado la claridad de las estaciones.

Las paredes oscurecidas y tenebrosas solo se animaban algo con las tonalidades difuminadas de algún almanaque también tiznado, vigilante parsimonioso del discorrir de los días y los suelos vinculadamente aparecían ennegrecidos por las escorias y los humos. A mediados del siglo pasado comenzaron a agregarse luminarias, lamparillas, teas, velones o auxiliarse de la electricidad. Los sábados, día de mercado en la población del noroeste murciano, permanecía abierto el establecimiento porque era la fecha de acudir los *cañeros* y campesinos, marchando *sope arriba* o *sope abajo* en sus propias expresiones, es decir, subida o descenso de los caminos, procedentes de Las Cañadas o diputaciones de Arenal y El Roble, zonas cerealistas

bajas del término municipal. Recordemos que ya los herreros hispanomusulmanes se situaban en las puertas de las medinas, por ser sus clientes los labradores de las alquerías cercanas.

Con el fin de amarrar las bestias de carga de las clientelas, se encastraban en las paredes unos goznes con sus correspondientes argollas o herraduras viejas y en desuso.

Uno de los narradores iniciado de aprendiz en esta profesión cuando era niño como sucedía en hornos, molinos o almazaras, apenas asistió a la escuela ordinaria y debía acudir por la noche a unas clases de paga de forma perentoria y relativamente urgente, ya que la obligación requería de ciertos conocimientos, y



Tradición herrera mediterránea. Ciudadela de Aledo, Siria. Puerta forjada con adornos de herraduras, quizá del siglo XVI. Foto: Jesús Navarro Egea.

como queda apuntado la mayoría de los censados que hemos conseguido recopilar sabían leer y escribir.

Si en un momento de la jornada se avistaban los relámpagos o se oían los truenos anunciando con bastante probabilidad la tormenta se interrumpían las tareas, alrededor de media hora, guardando un prudencial silencio ya que se recelaba que la actividad fragüera atrajera los rayos y la desgracia. Corrientemente no se conjuraba a Santa Bárbara ni se mascullaban oraciones características contra vendavales, dedicaciones consideradas naturales de mujeres.

Por supuesto que este oficio y demás tradicionales, tanto en el ámbito de la provincia y de España, ha servido de lugar de corrillo y tertulia, muchas veces para aprovechar el calor que las propias casas no podían procurar por falta o escasez de leña, girando las conversaciones alrededor de los afanes y sucedidos ordinarios como las producciones de aceite o la muy nombrada siega en la provincia de Albacete, en la que se llegaba a estar hasta 96 días en comiendo y viviendo en el tajo, salvo en contadas ocasiones en que se acudía a los cortijos de los dueños.

Días propicios de congregarse eran aquellos en que por el frío, helada, nieve, lluvia u otras inclemencias atmosféricas no fuera viable salir a trabajar a la huerta y algún parado forzoso incluso aprovechaba el yunque a modo de *picaera* para picar el esparto de confeccionar sogas y diferentes bártulos sacando algo de tajada al tiempo celebrando de paso la ocasión rudimentaria pero eficazmente con *chapurrao* por ejemplo, mezcla de anís y miel, del que se trincaba sobre todo en las celebraciones o simplemente *lechanís*, quizá vino de la taberna o tienda más cercanos, costando el encargo de media una perra (cinco céntimos de peseta), a seis perras en el año 1935 y alrededor de 2 pesetas en la posguerra, acompañándose de alguna

panocha asada a la benéfica lumbre cuyos resplandores rojizos proyectaban las siluetas de los hombres acurrucados en el caldeo cuarto, en donde hasta el olor del carbón quemado resulta acogedor, mayormente cuando la tempestad o ventisca de nieve se ha enseñoreado del lugar esparciendo relentes y volando tuestos de las desvencijadas casitas.

La bebida ha alegrado los sentidos en esos momentos entre jaraneros y temerosos en que el bramido exhalado por los vientos se cuela por los resquicios de la puerta, ventanucos o chimenea sintiéndose los reunidos, muchos de rostro famélico y gesto medroso, guarecidos de las bruscas ráfagas.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES POPULARES

- AZNAR, F. (1991): España medieval. Musulmanes, judíos y cristianos. Grupo Anaya, S.A. Madrid.
- CLICZKOWSKY, H. (2002): Arte en hierro. Stammeria Artística Nacionales. Turín.
- JUNOY, J. M^a. (1945): Los oficios artísticos. Ed. Seix y Barral, S.A. Barcelona.
- LÓPEZ-GUZMÁN, M. (1985): Oficios artísticos murcianos. Editora Regional de Murcia.
- MARTÍNEZ CEREZO, A. (1985): Oficio de murcianos. Ed. Regional de Murcia.
- RODELGO, L. (1946): Narraciones campesinas. Ed. Magisterio Español. Madrid.
- RODRÍGUEZ LLOPIS, M. (1988): Documentos para la Historia Medieval de Moratalla. Ed. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia.

TRADICIONES Y TESTIMONIOS ORALES

Documentos

- BOLETÍN OFICIAL PROVINCIA DE MURCIA. (B. O. P. M.) Años 1859 y 1861.
- CENSOS ELECTORALES DEL AYUNTAMIENTO DE MORATALLA. AÑOS DE 1902 Y 1921.
- LIBRO CAPITULAR DEL AYUNTAMIENTO DE MORATALLA. AÑO DE 1864.

Otras fuentes

- ARCHIVO MUNICIPAL DE MURCIA. PRENSA DIGITAL.
- Diario de Murcia: Años 1887, 1889, 1894, 1895, 1900.
- El Liberal: Años 1903, 1904, 1906, 1908, 1909, 1920. 1922.